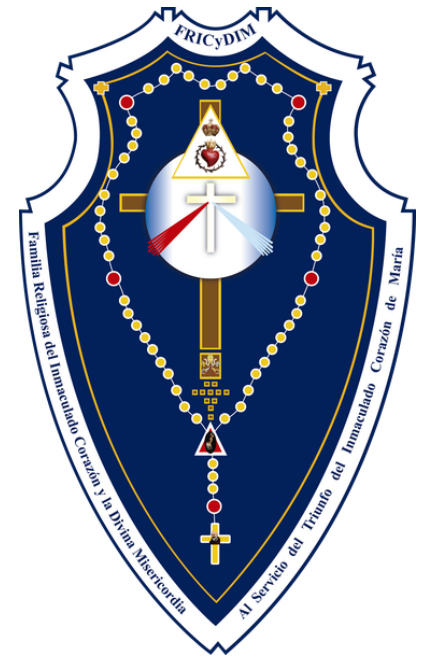


Oración abrazada

De San Luis María
Grignion de Montfort



“Memento, Domine, congregationis tuae quam possedisti ab initio (Sal. 73, 2): Acuérdate, Señor, de tu congregación, que hiciste tuya desde toda la eternidad, pensando en ella en tu mente ab initio (Sal. 73, 3); que hiciste tuya en tus manos, cuando sacaste el mundo de la nada, ab initio; que hiciste tuya en tu corazón, cuando tu querido Hijo, muriendo en la Cruz, la regaba con su Sangre y la consagraba por su muerte, confiándola a su Santa Madre.

“Escucha, Señor, los designios de tu Misericordia; suscita los hombres de tu diestra, tales como los has mostrado conocimiento profético de ello a algunos de tus mayores siervos: a un San Francisco de Paula, un San Vicente Ferrer, una Santa Catalina de Siena y a tantas otras grandes almas en el último siglo pasado, y aun en éste en que vivimos.

Dios Todopoderoso, acuérdate de esta Compañía aplicando a ella todo el poder de tu brazo, que no está acortado; para sacarla a la luz y para llevarla a su perfección. Renueva los antiguos prodigios y repite los portentos (Eclo. 36, 6). Sentiamus adiutorium brachii tui. ¡Oh Dios soberano, que de las piedras toscas puedes hacer otros tantos hijos de Abraham!, di como Dios una sola palabra, para enviar buenos obreros a tu mies y buenos misioneros a tu Iglesia.

“Dios de bondad, acuérdate de tus antiguas misericordias, y por estas mismas misericordias, acuérdate de esta Congregación: acuérdate de las promesas reiteradas que nos has hecho por tus profetas y por tu mismo Hijo, de oírnos en nuestras justas peticiones. Acuérdate de las plegarias que tus siervos y tus siervas te han hecho sobre este asunto desde hace tantos siglos: que sus anhelos, sus gemidos, sus lágrimas, la sangre por ellos derramada lleguen a tu presencia para solicitar poderosamente tu misericordia.

Oración abrazada

Pero acuérdate, sobre todo, de tu querido Hijo: mira y contempla el rostro de tu Cristo (Sal. 83, 10). Su agonía, su confusión y su llanto amoroso en el Huerto de los Olivos cuando dice: ¿Qué provecho hay en mi sangre? (Sal. 29, 10); su muerte cruel y su sangre derramada te gritan a voces ¡Misericordia!, a fin de que por medio de esta Congregación sea establecido su imperio sobre las ruinas del de sus enemigos.

“Acuérdate, Señor, de esta comunidad en los efectos de tu justicia. Vendrán tiempos, Señor, en que despreciarán tus leyes (Sal. 118, 126). Es tiempo de hacer lo que has prometido. Tu divina ley es quebrantada; tu Evangelio, abandonado; torrentes de iniquidad inundan toda la tierra y arrastran a tus mismos siervos; toda la tierra está desolada; la impiedad está sobre el trono; tu santuario es profanado y la abominación se halla hasta en el lugar santo. ¿Lo dejarás abandonado así todo, Señor Justo, Dios de las venganzas? ¿Vendrá todo, al fin, a ser como Sodoma y Gomorra? ¿Callarás siempre? ¿Aguantarás siempre? ¿No es menester que tu voluntad se haga en la tierra como en el cielo y que venga tu reino? ¿No has mostrado de antemano a algunos de tus amigos una renovación futura de tu Iglesia? ¿No han de convertirse a la verdad los judíos? ¿No es esto lo que espera tu Iglesia? ¿No te piden a gritos todos los santos del cielo Justicia: vindica (cf. Ap. 6, 10)? ¿No te dicen todos los justos de la tierra: Amen, ven Señor (Ap. 22, 20)? Las criaturas todas, aun las más insensibles, gimen bajo el peso de los pecados innumerables de Babilonia y piden tu venida para restaurar todas las cosas.

“Señor Jesús, acuérdate de tu Congregación. Acuérdate de dar a tu Madre una nueva Compañía, para renovar por Ella todas las cosas y para acabar por María los años de la gracia, como has comenzado por Ella.

“Dad hijos y siervos a tu Madre (cf. Gn 30, 1); si no, yo muero.

“Dame a tu Madre. Es por Ella por la que yo te lo pido. Acuérdate de sus entrañas y de sus pechos, [de su Inmaculado Corazón, lugar de tu refugio primario y esencial], y no me rechaces; acuérdate de que eres su Hijo y escúchame; acuérdate de lo que Ella es para Ti y de lo que Tú eres para Ella, y cumple mis deseos.

Oración abrazada

“¿Qué es lo que te pido? Nada en mi favor, todo para tu gloria.

“¿Qué es lo que te pido? Lo que Tú puedes, y aun, me atrevo a decirlo, lo que debes concederme, como Dios verdadero que eres, a quien se ha dado todo poder en el cielo y en la tierra, y como el mejor de todos los hijos, que amas infinitamente a tu Madre. “¿Qué es lo que te pido? Sacerdotes libres con tu libertad, descarnados de todo, sin padre, sin madre, sin hermanos, sin hermanas, sin parientes según la carne, sin amigos según el mundo, sin bienes, sin estorbos, sin cuidados y aun sin voluntad propia.

“Libres: esclavos de tu amor y de tu Voluntad; hombres según tu corazón, que sin voluntad propia que los manche y los detenga, cumplan toda su voluntad y arrollen a todos sus enemigos, como otros tantos nuevos Davides, con el báculo de la cruz y la honda del Santo Rosario en las manos: in baculo, Cruce; et in virga, Virgine.

“Libres: como nubes elevadas de la tierra y llenas de rocío celeste, que sin impedimento vuelan por todas partes según el soplo del Espíritu Santo. Son ellos, en parte, los que conocieron tus profetas cuando preguntaban: ¿Quiénes son estos que vuelan como nubes? (Is. 9, 8)? A dónde les impelía el Espíritu, sin volverse para atrás (Ez 1, 12).

“Libres: hombres siempre a tu mano. Prontos siempre a obedecerte, a la voz de sus superiores, como Samuel (I Rey. 3, 16); prestos siempre a correr y a sufrirlo todo contigo y por Ti, como los Apóstoles: Vayamos y muramos con Él (Jn 11, 16).

“Libres: verdaderos hijos de María, tu Santa Madre, engendrados y concebidos por su Caridad [en su Inmaculado Corazón], llevados en su seno, pegados a sus pechos, alimentados con su leche, educados por sus cuidados, sostenidos por su brazo y enriquecidos de sus gracias.

“Libres: verdaderos siervos de la Virgen Santísima, que, como otros tantos Santos Domingos, vayan por todas partes con la antorcha brillante y ardiente del santo Evangelio en la boca y el Santo Rosario en la mano, a ladrar como perros, abrasar como el fuego y alumbrar las tinieblas del mundo como soles;

Oración abrazada

y que por medio de la verdadera devoción a María, es decir, interior sin hipocresía, exterior sin crítica, prudente sin ignorancia, tierna sin indiferencia, constante sin liviandad y santa sin presunción, aplasten, por donde quiera que fueren, la cabeza de la antigua serpiente para que la maldición que Tú le echaste se cumpla enteramente: Pondré enemistad entre ti y la Mujer, entre su descendencia y la tuya; esta te aplastará la cabeza (Gn. 3, 15).

“Verdad es, Dios soberano, que el demonio pondrá, como Tú lo has predicho, grandes asechanzas al calcañar de esta Mujer misteriosa, es decir, a esta pequeña Compañía de sus hijos, que vendrán hacia el fin del mundo, y que habrá grandes enemistades entre esta bienaventurada descendencia de María y la raza maldita de Satanás; pero es una enemistad totalmente divina, la única de que Tú eres el Autor: pondré enemistad.

“Pero estos combates y estas persecuciones, que los hijos de la raza de Belial desencadenarán contra la raza de tu Santa Madre, sólo servirán para hacer brillar más el poder de tu gracia, la valentía de su virtud y la autoridad de tu Madre, puesto que Tú, desde el principio del mundo, les has dado el encargo de aplastar a ese orgulloso, por la humildad de su Corazón y de su planta: esta te aplastará la cabeza.

“¿No me está a mí mejor morir que verte, Dios mío, todos los días tan cruel y tan impunemente ofendido, que hallarme todos los días más y más en peligro de ser arrastrado por los torrentes de iniquidad que van creciendo? Mil muertes me serían más tolerables. O envía socorros desde el cielo, o llévate mi alma. Si no tuviera la esperanza de que oirás, pronto o tarde, a este pobre pecador en interés de tu gloria, como has oído a tantos otros -Este pobre clamó y el Señor lo escuchó y le salvó de todas sus angustias (Sal. 33, 7)-, pediría absolutamente con un profeta: Llévate ya mi alma (I Rey 19, 4). Pero la confianza que tengo en tu misericordia me hace decir con otro profeta: No moriré, sino que viviré para narrar las hazañas del Señor (Sal. 117, 17); hasta que con Simeón pueda decir: Ahora, Señor, puedes dejar a tu siervo irse en paz, porque mi ojos han visto, etc. (Lc 2, 29-30).

Espíritu Santo, acuérdate de producir y formar hijos de Dios, con tu divina y fiel Esposa María.

Oración abrazada

“Tú formaste la cabeza de los predestinados con Ella y en Ella; con Ella y en Ella debes formar todos sus miembros. Tú no engendras ninguna persona en la Divinidad; pero eres, Tú solo, quien formas fuera de la Divinidad todas las personas divinas; y todos los santos que han sido y serán hasta el fin del mundo, son otras tantas obras de tu amor unido a María. El reino especial de Dios Padre duró hasta el diluvio y terminó por un diluvio de agua; el reino de Jesucristo terminó por un diluvio de sangre; pero tu reino, Espíritu del Padre y del Hijo, continúa actualmente y se terminará por un diluvio de fuego, de amor y de justicia.

“¿Cuándo vendrá este diluvio de fuego, de puro amor, que Tú debes encender sobre toda la tierra de manera tan dulce y tan vehemente, que todas las naciones, los turcos, los idólatras, los mismos judíos se abrazaran a él y se convertirán? Nada se libra de su calor (Sal 18, 7). ¡Enciéndenlos! Que este divino fuego que Jesucristo vino a traer a la tierra se encienda, antes que Tú enciendas el de tu cólera, que reducirá toda la tierra a cenizas. Envía tu Espíritu y serán creadas las cosas y renovarás la faz de la tierra. Envía este espíritu, todo fuego, sobre la tierra, para crear en ella sacerdotes todo fuego, por ministerio de los cuales la faz de la tierra sea renovada y tu Iglesia reformada.

“Acuérdate de Tú Congregación: es una Congregación, una asamblea, una selección, un apartado de predestinados, que Tú debes hacer en el mundo y del mundo: Yo los he elegido del mundo (Jn.15, 19). Es un rebaño de corderos pacíficos que Tú debes reunir en medio de tantos lobos; una compañía de castas palomas y de águilas reales en medio de tantos cuervos; un enjambre de abejas en medio de tantas avispas; una manada de ciervos ágiles entre tantas tortugas; un escuadrón de leones valerosos en medio de tantas liebres tímidas. ¡Oh Señor!: congréganos de entre las naciones (Sal 105). Congréganos, únenos para que se dé toda la gloria a tu nombre santo y poderoso.

“Tú predijiste esta ilustre Compañía a tu profeta, que habla en términos muy oscuros y misteriosos, pero totalmente divinos: Tú haces llover, ¡Oh Dios!, una lluvia generosa sobre tu heredad, y cuando ésta desfallecía, tú la sostenías. Tu familia habitó en ella; Tú preparaste, ¡oh Dios!, tus bienes a los menesterosos.

Oración abrazada

Da su voz de mando el Señor: vienen en tropel los portadores de buenas nuevas: Huyen los reyes de los ejércitos, huyen; aun la mujer casera participa en el botín. Y mientras ustedes reposan entre los oviles, las alas de la paloma se han cubierto de plata y sus plumas, de oro brillante. Al dispersar el Omnipotente por ella a los reyes, cayó la nieve sobre el Selmón. Monte de Dios es el monte de Basán; montaña rica en cumbres la montaña de Basán. ¿Por qué miran con envidia, montes encumbrados, al monte que eligió Dios para morada suya, en el que por siempre habitará Yavhé? (Sal 67, 10-17).

“¿Cuál es, Señor, esa lluvia voluntaria que Tú has preparado y escogido para tu heredad enferma sino estos santos misioneros, hijos de María, tu Esposa, que Tú debes reunir y separar del pueblo, para bien de tu Iglesia, tan debilitada y manchada por los crímenes de sus hijos?

“¿Quiénes son esos animales y esos pobres que morarán en tu heredad, y que serán alimentados en ella con la dulzura divina que Tú les has preparado, sino estos pobres misioneros abandonados a la Providencia que rebosará de tus delicias más divinas, sino los animales misteriosos de Ezequiel, que tendrán la humanidad del hombre por su caridad desinteresada y bienhechora para con el prójimo; la valentía del león por su santa cólera y su celo ardiente y prudente contra los demonios, hijos de Babilonia; la fuerza del buey por sus trabajos apostólicos y su mortificación contra la carne, y, en fin, la agilidad del águila por su contemplación en Dios? Tales serán los misioneros que Tú quieres enviar a su iglesia. Tendrán ojos de hombre para con el prójimo; ojos de león contra tus enemigos; ojos de buey contra sí mismos y ojos de águila para Ti.

“Estos imitadores de los Apóstoles predicarán con gran fuerza y virtud, tan grande y tan resplandeciente, que removerán las almas y los corazones de los lugares en que prediquen. A ellos es a quienes darás tu palabra, tu misma boca y tu sabiduría: te daré un lenguaje y una sabiduría que ningún adversario podrá resistir (Lc 21, 15).

“Entre estos tus amados será donde Tú, en calidad de Rey de las virtudes, de Jesucristo el Bienamado, tendrás tus complacencias, puesto que ellos en todas sus misiones no tendrán más fin que el darte toda la gloria de los despojos que arrebatarán a sus enemigos: *Rex virtutum dilecti, dilecti et speciei domus dividere spolia.*

Oración abrazada

“Por su abandono en manos de la Providencia y su devoción a María tendrán las alas plateadas de la paloma: *inter medios cleros pennae columbae deargentatae*, es decir, la pureza de la doctrina y de las costumbres. Y su espalda dorada *et posteriora dorsi eius in pallore auri*, es decir, una perfecta caridad con el prójimo para soportar sus defectos y un gran amor para con Jesucristo para llevar su cruz.

“Tú solo, como Rey de los cielos y Rey de los reyes, separarás de entre el pueblo estos misioneros como otros tantos reyes, para tornarlos más blancos que la nieve sobre el monte de Selmón, monte de Dios, monte abundante y fértil, monte fuerte y cuajado, monte en el que habita y habitará hasta el fin.

“Quién es, Señor, Dios de verdad, este misterioso monte, del que nos dices tantas maravillas, sino María, tu querida Esposa, cuyos cimientos has puesto Tú sobre las cimas de los más altos montes? Fundación suya sobre los santos montes (Sal 86, 1). El monte de la casa de Yavé se asentará a la cabeza de los montes (Miq. 4, 1).

“Dichosos y mil veces dichosos los sacerdotes que Tú has tan bien escogido y predestinado para morar contigo en esta abundante y divina montaña, a fin de que lleguen a ser los reyes de la eternidad, por el desprecio de la tierra y su elevación en Dios; a fin de que se tornen más blancos que la nieve por su unión con María, su Esposa, toda hermosa, toda pura y toda inmaculada; a fin de que se enriquezcan allí del rocío del cielo y de la grosura de la tierra, de todas las bendiciones temporales y eternas de que María está llena.

“Desde lo alto de esta montaña es desde donde, como otros Moisés, lanzarán por sus ardientes plegarias dardos contra sus enemigos para abatirlos o convertirlos. En esta montaña será donde aprendan de la boca misma de Jesucristo, que en ella mora siempre, la inteligencia de sus ocho bienaventuranzas.

“En esta montaña de Dios será donde sean transfigurados con Él sobre el Tabor; donde mueran con Él como en el Calvario, y donde suban al cielo con Él, como desde el monte de los Olivos.

“Acuérdate de tu Congregación. A Ti solo es a quien toca el formar, por tu gracia, esta Congregación; si el hombre pone en ello primero la mano, nada se hará;

Oración abrazada

si mezcla de lo tuyo conmigo, lo echará a perder todo, lo trastornará todo. Tu Congregación: es tu obra, Dios soberano: Haz tu obra: haz tu obra, totalmente divina: junta, llama, reúne de todos los términos de tu dominio a tus elegidos, para hacer con ellos un cuerpo de ejército contra tus enemigos.

“Mira, Señor, Dios de los ejércitos, los capitanes que forman compañías completas; los potentados que levantan ejércitos numerosos; los navegantes que arman flotas enteras; los mercaderes que se reúnen en gran número en los mercados y en las ferias. ¡Qué de ladrones, de impíos, de borrachos y de libertinos se unen en tropel contra Ti todos los días, y tan fácil y prontamente! Un silbido, un toque de tambor, una espada embotada que se muestre, una rama seca de laurel que se prometa, un pedazo de tierra roja o blanca que se ofrezca; en tres palabras, un humo de honra, un interés de nada, un miserable placer de bestias que esté a la vista, reúne al momento ladrones, agrupa soldados, junta batallones, congrega mercaderes, llena las casas y los mercados y cubre la tierra y el mar de muchedumbre innumerable de réprobos, que, aun divididos los unos de los otros por la distancia de los lugares o por la diferencia de los humores o de su propio interés, se unen no obstante todos juntos hasta la muerte, para hacer la guerra bajo el estandarte y la dirección del demonio.

“Y por Ti, Dios soberano, aunque en servirte hay tanta gloria, tanta dulzura y provecho, ¿casi nadie tomará tu partido? ¿Casi ningún soldado se alistará bajo tus banderas? ¿Ningún San Miguel gritará de en medio de sus hermanos por el celo de tu gloria: ¿Quién como Dios? Permíteme ir gritando por todas partes: ¡Fuego, fuego, fuego! ¡Socorro, socorro, socorro! ¡Fuego en la casa de Dios! ¡Fuego en las almas! ¡Fuego en el santuario! ¡Socorro, que se asesina a nuestros hermanos! ¡Socorro, que se degüella a nuestros hijos! ¡Socorro, que se apuñala a nuestro padre!

“Los que son del Señor, vengan a mí (Ex 32, 26): que todos los buenos sacerdotes repartidos por el mundo cristiano, sea que actualmente se hallen combatiendo o que se hayan retirado de la pelea a los desiertos y soledades; que todos esos buenos sacerdotes vengan y se junten con nosotros; la unión de las fuerzas hace más fuerte: para que formemos, bajo el estandarte de la Cruz,

Oración abrazada

la unión de las fuerzas hace más fuerte: para que formemos, bajo el estandarte de la Cruz, un ejército bien ordenado en batalla y bien regido para acometer de concierto a los enemigos de Dios, que han tocado ya alarma: sonuerunt, frenduerunt, fremuerunt, multiplicati sunt.

“Romparamos sus coyundas, arrojemos de nosotros sus ataduras! El que mora en los cielos se ríe, el Señor se burla de ellos (Sal 2, 3-4).

“Se levanta Dios, y se disipan sus enemigos (Sal 67, 2).

“Levántate Señor, ¿por qué duermes? ¡Levántate! (Sal 43, 23).

“Señor, levántate; ¿por qué pareces dormir? Levántate en tu Omnipotencia, tu Misericordia y tu Justicia, para formarte una Compañía escogida de guardias de corps, que guarden tu casa, defiendan tu gloria y salven tus almas, a fin de que no haya sino un rebaño y un pastor y que todos te rindan gloria en tu templo: Y en su templo todo dice: ¡Gloria! (Sal 28, 9). Amén.”